

## LA GRANADA DE SU INFANCIA

*Granada es el Damasco de Al-Ándalus, pasto de los ojos y corazones, sutalizando las almas.*

AL-SAQUNDI

*Granada tiene dos ríos, ochenta campanarios, cuatro mil acequias, cincuenta fuentes, mil y un surtidores, y cien mil habitantes. Tiene una fábrica de hacer guitarras y bandurrias, una tienda donde venden pianos y acordeones y armónicas y, sobre todo, tambores. Tiene dos paseos para cantar; el Salón y la Alhambra, y uno para "orar; la Alameda de los Tristes, verdadero vértice de todo el romanticismo europeo, y tiene una legión de pirotécnicos, que construyen torres de ruido con un arte gemelo al Patio de los Leones, que han de irritar al agua cuadrada de los estanques.*

F. GARCÍA LORCA

Manuel Ángeles Ortiz no recordaba cuándo llegó a Granada de su Jaén natal, porque era muy niño. Tan niño, que aún coleaban los últimos años del siglo XIX, y él había nacido a las doce de la noche del 13 de enero de 1895, en la calle Portillo, cuando las campanas del reloj de la cercana catedral resonaban solemnes al filo del nuevo día<sup>1</sup>.

La Granada en que discurrirá la infancia y la juventud de Manuel Ángeles y Federico García Lorca y la que, pasional y positivamente,

---

<sup>1</sup> Según declaraciones de Manuel Ángeles Ortiz, nació el 13 de enero de 1895, sin embargo en la partida de bautismo de la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Jaén, aparece el 14 de enero, con el nombre de Manuel Hilario Ángeles Ortiz, Folio 45 del libro 49 de Bautismos. En el Registro Civil está declarado su nacimiento el 16 de enero de 1895.

será su residencia espiritual, era esa ciudad pequeña, íntima y musical que describe García Lorca, amigo de infancia y juventud. La vega, esplendorosa, se adentraba por todas partes y hacía de ella una ciudad perfumada por las cercanas huertas. Sus lindes terminaban en la calle de San Juan de Dios, tras sus casas aparecía de pronto el campo, que en Granada es la vega. Desde el Triunfo a la Estación de Andaluces todo eran huertas. Existía sólo una hilera de casas bajas en el margen derecho, que quedaban por debajo del nivel de lo que entonces era camino. El campo estaba detrás de la calle San Antón. La calle de Recogidas llegaba hasta el Palacio de los Patos, donde la ciudad enlazaba con los alegres caseríos. En el Carril del Picón, una acera de casas y la otra de huertas.

La Granada de Federico García Lorca y Manuel Ángeles era una ciudad de 76.000 habitantes, en donde han sepultado a uno de los dos ríos locales «que bajan de la nieve al trigo», y les han quitado las alas de sus puentes: el del Carbón, de la Paja, de San Francisco, del Álamo... Todavía pueden cruzar el río Darro, a punto de morir en el Genil, por el Puente de Castañeda, el último en desaparecer, para ir cada día al colegio de los Escolapios. En cambio asistirá al descabellado proceso de reforma urbana de transformar el núcleo de interés artístico e histórico de los barrios árabes, que se agrupaban en torno a la Mezquita Mayor, hoy iglesia del Sagrario, en una anodina calle «moderna»: la Gran Vía de Colón. Consecuencia directa del florecimiento industrial azucarero que enriqueció súbitamente a la vieja y nueva burguesía con torpes ideas de grandeza y modernismo<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> El cultivo del tabaco y la remolacha fueron los productos introducidos en la agricultura granadina en el siglo XIX, cuyo agro había permanecido inmóvil durante siglos. Fernando VII autorizó el cultivo del tabaco y nuestra fértil vega adquirió nueva fisonomía al poblarse de secaderos. La desaparición del predominio del barbecho estival, remplazado por el cultivo de la remolacha, supuso una revolución socioeconómica en la agricultura granadina. La iniciativa fue de la Sociedad Económica de Amigos del País en nuestra ciudad, quienes introdujeron el cultivo en toda España. En Granada repartieron la semilla gratuitamente a 152 labradores de la vega. Cuatro años más tarde, en 1882, se fundaba la primera fábrica de azúcar de remolacha en España en terrenos de la vega por Juan López Rubio, farmacéutico granadino. Muy pronto el éxito económico de la moderna industria atrajo a nuevos promotores y se multiplicaron las fábricas, cuyas instalaciones y maquinarias contaban con los últimos adelantos del ramo en Centroeuropa. Esta burguesía llamada

Edificios árabes, mudéjares, renacentistas, palacios, baños, casonas, conventos, jardines, huertas... desaparecerán bajo el imperio de la piqueta y el espíritu devastador y estulto de gentes ignorantes, otras menos, sin tener en consideración el tratado de estética ciudadana *Granada la Bella*, que escribiera Ángel Ganivet, profundamente preocupado por la ruina que veía cernerse sobre el presente y el futuro de su amada ciudad<sup>3</sup>.

La Granada en donde despiertan a la vida Manuel Ángeles y Federico García Lorca es para el futuro pintor y el poeta una feria deslumbrante, llena de incentivos para un niño tímido y, sin embargo, amante de la aventura. La realidad de una ciudad luminosa, colorista y musical, es la esencia que perdurará en el hombre y en el artista. García Lorca diría de su amigo Manolito, como, él lo llamaba: «La poesía de su pintura y la pintura de mi poesía nacen del mismo manantial». El manantial era Granada. Los dos iban a ser productos de su paisaje, de su luz, de su esencia. Ni el poeta ni el pintor se iban a liberar nunca de su prodigiosa presencia, en la que echa raíces su sensibilidad. Granada reconocía Ángeles Ortiz: «Es la protagonista de mi obra». En su pintura coexistirá siempre una poderosa carga poética y luminosa, de imposible desarraigo a través de su evolución plástica y un condicionamiento estético, que, como huella indeleble, le imprime la genuina ciudad nazarí. Y Federico escribió que Granada le había dado sus «temas y su luz» y le había abierto «la vena de su secreto lírico»... , para acabar declarando: «Granada, que

---

del “azúcar”, súbitamente, quiso tener una calle “moderna” como las que veía en sus viajes a Europa, y no dudó en demoler para ello una de las partes más interesantes de la ciudad.

<sup>3</sup> “...sin preocuparse por conciliar –escribe Ganivet– los diversos puntos de vista suscitados por las ideas de reforma; sin examinar lo que debe hacerse atendiendo a la convención de la comunidad, formada no sólo por los que viven, sino también por los que murieron y por los que nacerán, el capital, guiado por un impulso momentáneo, se lanza a ciegas, a salga lo que saliere. Porque las ciudades, donde falta el contrapeso de las ideas, son como los desiertos: un día en silencio mortal, y otros agitados por los más violentos huracanes. En España han arrancado muchos árboles y muchas ideas, y así estamos de continuo amenazados por las inundaciones de..., ¿cómo diré para ser suave?, de cosas nuevas que arrasan los sentimientos españoles, de quien aún los conserva”, *Granada la Bella*, Editorial Padre Suárez, Granada, 1954, págs. 11-12.

formó y modeló esta criatura que soy yo: poeta de nacimiento y sin poderlo remediar».

La Granada de Manuel Ángeles Ortiz y Federico García Lorca era una ciudad llena de latidos. El agua, elemento natural de su estética y su plástica, era también elemento sonoro, saltarina y alegre sobre sí misma: Fuentes, surtidores, pilares, aljibes, canalillos, acequias, atarjeas, remansados en la placidez de la alberca o en el murmullo cristalino del surtidor y la fuente o precipitados en rumorosas cascadas, para deslizarse presurosas por jardines y bosques, daban a paseos, calles y plazuelas la inquietud rítmica del agua que corre. Los árabes valoraron como nadie la importancia de la riqueza natural de los manantiales granadinos. Establecieron una ingeniosa red de acequias, que van quedando arrasadas por el desequilibrado y voraz avance del ladrillo y el hormigón, sin que siquiera se les dé opción a convertirse en ruinas arqueológicas.

En uno de los libros más antiguos que trata de la historia de Granada, ya cristiana, *Vida y hechos de los Reyes Católicos*, escrita en 1522, por Lucio Marineo Sículo, se dice: «y en término del espacio de siete leguas, nacen treinta y seis fuentes»; esta frase la recogió el *Civitates Orbis Terrarum*, publicado cincuenta años después, y las enumeró casi un siglo más tarde, el P. Juan Velázquez de Echeverría en su obra *Paseos por Granada y sus contornos*. Cada una de ellas tenía propiedades medicinales que los árabes descubrieron, practicando su terapéutica<sup>4</sup>.

Como en otros lugares hay catadores de vino, las excelencias de las aguas granadinas dio en la ciudad el tipo de catador de agua, capaz de distinguir la fuente de su procedencia. En calles y plazas se alzaba la graciosa estructura de los quioscos de agua y los típicos «aguaores» ambulantes, con su garrafa de latón a cuestas, ofrecían su fresca y

---

<sup>4</sup> En las proximidades del río Darro estaban las fuentes del Aljibillo, de la Teja, la del Mono, la de la Higuera, y las tres agrias de El Fargue. Junto a Cartuja: La Nueva, la del Procurador, la del Rey, la de la Gallomba... Hacia la Alhambra: la del Molino, la de la Alcazaba y el Aljibe de la Lluvia. En el río Genil: la de la Bicha y la Santa. En San Miguel el Alto: la Fuentecilla. En el Sacromonte: la de Cien Cruces, Pozo de Santiago y la de Pulpitillo. Por la Cruz Torneada y sus barrancos: la del Padre Piquiñote, la de San Antonio, la de Valparaíso y la del Aljibe Ciego. En el centro de la ciudad: la Fuente Nueva y el Pilarillo. En los numerosos cármenes granadinos existían fuentecillas sin nombre.

cristalina mercancía al viandante. Tenían el arte de escanciar el agua, desde el hombro al vaso, sin derramar una gota. Otros la transportaban en borriquillos adornados con yedras. Con el agua ofrecían, a gusto del consumidor, anises de matalahúva, azucarillos, vinagre o harina de «cebá tostá». Los «aguaores» se abastecían en el «Juego de Bolas», una fuente ubicada en un viejo caserón que hay debajo del convento de la Concepción, en la Carrera del Darro, del Aljibe de la Alhambra y del Carmen de la Fuente, a la entrada del Avellano. Como el caudal de esta fuente era un chorrillo manso y tembloroso, tardaban en llenarse las vasijas, por lo cual los «aguaores» solían llevar a sus jumentos a trote por la Carrera del Darro. Para evitar alteraciones tenían establecido un derecho consuetudinario: terminaba toda competencia de orden prioritario el que llegaba primero al Puente del Aljibillo. Allí dejaban de fustigar a sus borricos y subían al paso la empinada cuesta del Avellano.

El agua se yergue en Granada como símbolo y protagonista de viejas y prodigiosas historias en las tradiciones del antiguo reino granadino. En Granada se ha rendido siempre culto al agua. Villaespesa dijo que era el alma de la ciudad. Poetas, escritores y pintores se han congregado siempre en tertulia alrededor de las fuentes y estanques de los patios y los cármenes granadinos. Ángel Ganivet convocaba a sus amigos a la vera de la Fuente del Avellano en la ladera izquierda del río Darro, cuyo lecho discurría rumoroso a sus pies y fundaban la «Cofradía del Avellano», la más castiza tertulia granadina de la segunda mitad del siglo XIX.

Ganivet glosando fervorosamente el agua, en su *Granada la Bella*, decía: «...de tal modo nos llega al alma cuanto al agua se refiere que todos nuestros sentidos se avivan hablando de ella y por ella somos pensadores sutiles».

Cuando Juan Ramón Jiménez llega a Granada en 1924, una tarde en el Generalife alto siente que: «...el agua era mi sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida y mi sangre en el agua que corría. Por el agua yo me comunicaba por el interior del mundo»<sup>5</sup>. Esa tarde, ensimismado en su sueño, que corría en barandales de agua, un hombre le preguntó: «Oyendo el agua, ¿eh?»

<sup>5</sup> Juan Ramón Jiménez, *Olvidos de Granada*, Granada, 1969, págs. 37-38,

—Sí señor... Y a usted también parece que le gusta oírla.

—¿No me ha de gustar, señor —me dijo— si hace 30 años que la estoy oyendo...? Figúrese las cosas que ella me habrá dicho».

Enamorados, amos, esclavos del agua los dos.

El agua es un elemento omnipresente en la obra de García Lorca. «El agua de Granada —escribió— sirve para apagar la sed. Es agua viva que se une al que la bebe o al que la oye, o al que desea morir en ella. Sufre su pasión de surtidores para quedar yacente y definitiva en el estanque». La vida del poeta iba a quedar bajo el signo del agua. Estaba unido a ella por su nacimiento en Fuente Vaqueros, la alegría de su niñez y la de Aynadamar, que significa Fuente de las Lágrimas, la de su muerte, en Víznar. «Agua que riega y canta aquí abajo y agua que sufre y sufre, llena de diminutos violines blancos allá en el Generalife» y como una apoteosis del agua «Granada culmina en su orquesta de surtidores llenos de pena andaluza». Por una carta a Melchor Fernández Almagro conocemos la intención del poeta de escribir un libro sobre «Las meditaciones y alegorías del agua», en donde se definía «modesto soñador e hijo del agua».

Para conocer Granada hay que conocer la música de sus fuentes, escribió Villaespesa:

*El agua llora, gime, suspira, canta y ríe...  
La sangre de Granada corre por esas fuentes,  
y en el bondo silencio de las noches serenas,  
al escuchar sus músicas sobre los viejos puentes,  
¡la sentimos que corre también por nuestras venas!  
Las fuentes de Granada...  
¿Habéis sentido  
en la noche de estrellas perfumada  
algo más doloroso que su triste gemido?*

Otro latido de la ciudad era el toque de sus campanas. En Granada existen muchos campanarios de iglesias y conventos, algunas antiguas mezquitas convertidas en iglesias, tras la Reconquista. La polifonía campanil de sus dobles, repiques y volteos rendían servicio comunitario. Anunciaban los sucesos de la vida cotidiana, toque de

nacimiento, bautizo, agonía, muerte, incendio<sup>6</sup>. En tiempos pasados avisaban los levantamientos de los moriscos. En cada barrio había un reloj campanil, que desgranaba las horas, las medias, los cuartos. Había toques como el esquilón del Alba, o la campana de la Torre Gorda de la Catedral, lenta y solemne, que llegaba a todas partes. La campana de la Torre de la Vela, desde la Alhambra, de limpia sonoridad, dormía a los granadinos. Una coplilla popular dice: «Quiero vivir en Granada / solamente por oír / la campana de la Vela / cuando me voy a dormir». Sus toques servían a los campesinos para el reparto de las aguas en la Vega, de ahí su nombre de «Reloj de los Labradores». García Lorca decía que cuando la campana de la Vela tocaba su melodía grave y augusta «los cipreses y los rosales temblaban nerviosamente». Otras campanas eran ensordecedoras, alegres o decididamente graves y tristes. Las esquilas o esquiloncillos de los conventos de monjas, que anunciaban las horas canónicas: maitines, eran dulces, cantarinas, melancólicas, tiernas, de matices cristianos, en su toques mañaneros y nostálgicos en los vespertinos. Hoy los toques campaniles han perdido el acento humano que transmitían, volteadas por manos monjiles o tañidas por campaneros de oficio, como los de la catedral de Granada, los hermanos Santiago y Paca Martín, que heredaron este oficio de sus padres y que han ejercido durante casi un siglo. Los campaneros, han sido sustituidos por ingenios mecánicos. Pero, en Granada, el cabildo eclesiástico les permitió seguir viviendo en la Torre Gorda de la catedral, donde nacieron, hasta su fallecimiento.

El tráfico de las calles tenía armoniosas sonoridades cascabeleras de las colleras de las caballerías, el tránsito vibrante de campanillas y esquilas de los carruajes: landós, calesas, jardineras, galeras, berlinas... Las diligencias de viajeros que cruzaban la ciudad, con sus característicos sonidos de trompas, crujir de trallas y las voces de mando de los mayores. Llegaban por todos los caminos. Las de la

<sup>6</sup> El impresor-editor granadino Paulino V. Traveset, publicaba los toques de campanas de las parroquias granadinas, en su *Almanaque Sierra Nevada*, tan popular en Granada: La parroquia del Sagrario: 1; La Magdalena: 2; Las Angustias: 3; San Matías: 4; San Ildefonso: 5; San Gil: 6; San Pedro: 7; San José: 8; Santa Escolástica: 9; San Justo y Pastor: 10; San Andrés: 11; Salvador: 12; Sacromonte: 13; El Fargue: 14; San Cecilio: 15.

Alpujarra de Lanjarón y Órgiva, de la empresa «La Confianza», que cubría el recorrido en 6 o 7 horas, y la de la Costa, «La Motrileña», con servicio diario entre Granada y Motril, entraban por el puente del Genil, subían por la Carrera de la Virgen, cruzaban el puente de Castañeda para dejar a sus viajeros en Puerta Real, a la altura de la Posada de la Victoria, donde tenía su administración «Las diligencias del Norte y Mediodía de España». En otros tiempos un anuncio informaba «De la Posada de Patazas en Puerta Real, sale diariamente José Delgado con una cómoda galera a los baños de La Malá». De la Revista *Alhambra* es este otro: «En 7 horas sale una góndola los días pares a las 7 de la mañana. Precios: 20 reales de asiento y 4 cada arroba. Administración Posada del Sol, plazuela de la Alhóndiga». El servicio de Granada a Alhama y viceversa lo cubría la diligencia llamada «La Bañera» y el punto de partida era también la posada de «El Sol».

Los viajeros buscaban alojamientos en las posadas de la popular calle de Mesones, de viva y extraordinaria animación a toda hora. La profusión de hospedajes y albergues le había dado nombre. El forastero podía elegir entre otras, la Posada del Rinconcillo, la de Castilla, la de Granada. Las posadas y hospedajes se hallaban próximos a las postas de las diligencias y cosarios y, era habitual, que de los amplios patios porticados, adoquinados, con abrevaderos y cuerdas de las posadas importantes, salieran los viajeros en los carruajes y caballerías, muy especialmente las céntricas y las que estaban orientadas a los caminos y entradas a la ciudad. La posada del Pan, en la calle del mismo nombre, detrás de la Plaza Nueva, recibía los viajeros de la parte de Guadix. Los carruajes o las recuas de mulos de arrieros y cosarios entraban al Albaicín por la Puerta de Guadix, bajaban por la Cuesta del Chapiz, Paseo de los Tristes, a la Carrera del Darro y calle del Pan.

Las diligencias de los pueblos de la Vega, como Láchar o Fuente Vaqueros, tenían su parada en la Posada de la Espada, en la plaza de la Trinidad. Federico García Lorca, al hablar de su amor por Mariana de Pineda evocó: «Mujer entrevista y amada por mis nueve años, cuando yo iba de Fuente Vaqueros a Granada en una vieja diligencia, cuyo mayoral tocaba un aire salvaje en una trompeta de cobre». Este

mayoral era «el Reeves», muy aficionado al vino. El hombre, para evitar las protestas de los viajeros en las frecuentes paradas que hacía en el trayecto, se hizo imprimir unas octavillas que distribuía entre los pasajeros: «Se pone en conocimiento del público que la diligencia hará cuantas paradas disponga su conductor en los ventorrillos del camino. –A. Reeves».<sup>7</sup> El día antes, los presuntos viajeros reservaban su asiento. De madrugada el mayoral llamaba a sus puertas avisando la salida. A Granada llegaba sobre las nueve de la mañana. El carruaje entraba por la calle Fábrica Vieja, en donde «el Reeves» empezaba a soplar la amarilla trompeta de azófar que evoca el poeta, para avisar al posadero de su llegada y que fuese despejando el anchuroso patio, en el cual se apeaban los viajeros. Enrique Marín perpetuó el tema en una acuarela que tituló *Salida de la diligencia junto al Beiro*, con la Torre de la Vela y Sierra Nevada, al fondo.

Los cosarios de la Alpujarra atravesaban la ciudad con su recua de mulos, tras un viaje de dos o tres días, hasta las posadas de la calle de la Alhóndiga: la de la Sierpe, la de San Rafael, la de la Nave, la del Sol, la de la Rosa, junto al edificio de la Alhóndiga de granos, con su patio central rodeado de soportales con arcos de medio punto, sostenido por columnas<sup>8</sup>. En el Anuario de 1917 de *El Defensor de Granada*, que publicaba Luis Seco de Lucena, informaba que los cosarios de Ugíjar, con parada en las posadas de «San Rafael» y «La Nave», hacían el viaje en caballería sin tener días fijos. A los alpujarreños se les distinguía de lejos por su indumentaria: pantalón y chaqueta corta, medias blancas, alpargatas de cintas, sombrero calañés y las célebres y vistosas jarapas y mantas alpujarreñas. Venían por veredas, ramblas, trochas y caminos de herradura, por los que sólo se podía transitar en mulo. Las mujeres viajaban en jamugas y los niños en los serones, era el único medio de transporte. La comi-

<sup>7</sup> Mario Hernández, Prólogo del libro de Francisco García Lorca: *Federico y su mundo*, Madrid, 1980, pág. XI.

<sup>8</sup> Otras posadas importantes eran: la de San Juan de Dios, en la que se hospedaban enfermos que no tenían cama, en el cercano hospital de San Juan de Dios, o sus familiares. La del Santísimo, en la calle del mismo nombre, que aún subsiste como espartería. La Posada de las Tres Naciones, en la placeta de Triviño. La de Patazas, en Puerta Real. La del Pilar del Toro, en la calle de Elvira. La de las Tablas, en la plaza de la Trinidad y Duquesa...

tiva adquiriría mayor brillantez y colorido cuando las familias de unos contrayentes venían a la ciudad a comprar el ajuar al que llamaban *las donas*. En estas ocasiones las mujeres aireaban del arca sus mejores galas para dar mayor vistosidad a sus caballerías a las que vestían con todo lujo de detalles. Para los novios era un viaje importante, entre otras cosas, porque se les permitía hacer el recorrido en la misma caballería. En la Alpujarra tan alejada del mundo, a pesar del importante comercio de la seda<sup>9</sup>, existía una auténtica aristocracia en sus gentes y tenían una acendrada cultura autóctona.

Los primeros recuerdos de Manuel Ángeles son el colegio y la calle. Estas dos vivencias infantiles que nutren los primeros años de la vida de un niño permanecieron vivas e inalterables al paso del tiempo: el sentimiento oscuro de profunda hostilidad que le producía la escuela y la exultante sensación de aventura renovada de la calle.

En la vida escolar de Manuel Ángeles hubo un incesante peregrinar de colegios. La causa fueron siempre los castigos corporales. Quizás el primero fuera el de los Escolapios, cercano a la casa del Campillo Alto, que ocuparon a su llegada a Granada. El pintor perdió la cuenta de las escuelas por las que pasó, pero conservaba vigorosa la sensación de vacío, desamparo y agresión que sufrió en todas ellas. La torpeza de unos maestros que empleaban medios antipedagógicos y brutales contribuyó a fomentar en su, a veces, violento carácter de niño tímido, rebeldía y agresividad. Recordaba haber tirado a la espalda de un maestro un tintero de plomo lleno de tinta, pero a él le llegaron a arrancar las patillas y despegar las orejas a tirones. No era un niño difícil, era distraído, contemplativo. Cazaba moscas al vuelo, las liaba en papelillos minúsculos y las lanzaba a sus compañeros. La voz del maestro se alzaba severa, advirtiéndole: «Ortiiiiz, que te estoy viendo, Ortiiiiz...» Hasta que el maestro se plantaba furioso delante de él y golpeándole le decía: «Ni tu madre, ni tu padre, ni el Dios que te crió, se ríen de mí». Tras los golpes venía el castigo en el rincón oscuro, con los

---

<sup>9</sup> La producción de seda alpujarreña fue muy importante. En muchas casas se dedicaban al cultivo de la crianza del gusano de seda. La industria sedera de Lyon absorbía casi toda la cosecha de capullos alpujarreños, recogida por agentes franceses que se desplazaban cada año a la Alpujarra.

brazos en cruz sosteniendo libros. Cuando los brazos se doblegaban rendidos llegaba el pasante impertérrito y con una palmeta golpeaba las temblorosas manos del niño.

De todos los colegios, el que más le traumatizó fue el de don Pedro el Cura, al que llamaban don Pedro *el Cruel*. Estaba al final de la calle de San Antón, donde entonces terminaba la ciudad y se convertía en campo. «Está en las afueras», decían las gentes. Era un caserón enorme y sombrío. Un gran patio, rodeado de columnas, a cuyas salas bajas se asomaban las clases. En el piso superior abrían sus puertas las salas de los dormitorios colectivos. Emilio Orozco, al hablar del colegio del Sagrado Corazón, donde estuvo Federico García Lorca y por el que también pasó Ángeles Ortiz, nos hace parecida descripción que el pintor: «Todos estos colegios... estaban instalados en casas antiguas –del siglo XVIII y XIX– con patios con columnas enlosadas de mármol gris de Sierra Elvira, a veces con el espacio central empedrado y fuente en medio y pilar en uno de sus laterales. Era el tipo tradicional de vivienda familiar granadina, que se llamaban casas solas, de las que la planta del patio, con las salas bajas alrededor se utilizaban sólo algunas en el verano; la frescura de esta planta umbría apetecía en esas fechas y se reforzaba cubriendo con toldo el hueco del patio. Pero la utilización como colegio obligaba a que casi todas las aulas se instalasen en esas salas que, naturalmente, durante los meses de curso, sobre todo en otoño e invierno, resultaban frías, húmedas y oscuras»<sup>10</sup>. Del pilar del patio, el niño Manuel Ángeles guardó un recuerdo doloroso. Un día mientras bebía agua, unos alumnos mayores le empujaron y le rompieron la nariz, brotando su sangre como si fuese otro chorro del pilar.

Uno de los profesores era el padre de don Pedro el Cura. Hombre autoritario, de una intransigencia despiadada en el cumplimiento de las prácticas religiosas. Velaba la naciente sexualidad de sus alumnos con la ignorancia, el imperio de lo prohibido, amenazas de pecado y castigos eternos. Cultivaba en ellos una niñez atemorizada y sombría, donde la beata hipocresía echaba sus primeras raíces. Este hombre, que ejercía tal violencia física y moral, estaba siempre con

<sup>10</sup> Emilio Orozco, “García Lorca se gradúa de Bachiller”. *Lecturas del 27*, Universidad de Granada, 1979, pág. 38.

el rosario en la mano. Otro maestro de pesadilla era un pasante al que le olían mucho los pies, tocaba la flauta y actuaba de cancerbero de los culpados. Manolo, cuando no estaba castigado por travesuras, era por desaplicado, salvo en lectura y escritura, gracias a su buena disposición para dibujar las letras, en que era siempre el primero. Su puesto era el último de la clase, sobre todo en las lecciones en que imperaban sistemas memorísticos. Recordaba con sentimiento de frustración e impotencia el quedarse castigado en clase, de rodillas, mientras sus compañeros salían al patio a jugar. A sus espaldas se alzaba el sonido lacerante de la flauta, que llegó a odiar, y el olor nauseabundo de los pies del pasante.

El antídoto del hastío de la escuela eran las escapadas a la cercana Acequia Gorda. Las fragantes orillas crecidas de hierba y matorrales ocultaban tesorillos que descubría con deleite: luciérnagas, «marra-nicas», grillos, gusanillos, tréboles, florecillas, insectos, mariposas... que observaba ensimismado. Existía también la aventura de la peligrosa corriente del agua que podía arrastrarlo al menor traspies. El derroche de luz, color, olor, la libertad, lo exaltaba, hasta borrar toda huella del temor al inevitable castigo que le esperaba a la vuelta. Compañero de aventuras era Enrique Sabán, a quien recordaba el pintor con auténtica gratitud y afecto, porque en muchas ocasiones hizo que lo castigasen para hacerle compañía. Aquella amistad infantil sería un recuerdo hermoso.

En Granada, a pesar de ser una ciudad de bajas temperaturas, las casas no estaban preparadas para hacer frente a los rigores invernales. El colegio no era una excepción. Manolo guardaba de su infancia el recuerdo de sus pies y sus manos ateridas por el frío, donde aparecían los sabañones como hongos. Los niños de entonces tenían siempre las extremidades y las orejas roídas por los sabañones. La vida en aquel caserón inhóspito y gélido era estremecedora en cuanto llegaban los primeros fríos. La única calefacción era el tradicional brasero.

En 1885, por primera vez en una ciudad española, en Gerona, se inauguraba el alumbrado eléctrico en la vía pública. En Granada, en

---

<sup>11</sup> Se fundó con un capital de 250.000 pesetas, capital que pronto fue ampliado, al obtener la concesión de un aprovechamiento de agua del río Genil. Así nació la

1892, se fundaba la «Compañía General de Electricidad»<sup>11</sup>. Aunque la producción de energía eléctrica llegó a ser una de las grandes industrias granadinas, su instalación en las casas fue lenta. Aquel encender de un pellizco un resplandor que no dejaba resquicio a las sombras, que no se apagaba con un soplo ni aún con una corriente de aire, fue un prodigio para las gentes y como tal fantástico, fuera de su alcance, increíble, bueno para verlo en las iluminaciones del Corpus, como una atracción más. En 1897, la Alhambra se iluminaba con bengalas, con motivo de los juegos florales. Los hogares granadinos y sus calles continuaron durante muchos años alumbrándose con luz de velas de aceite y de gas: candeleros, palmatorias, mariposas, capuchinos, candiles. El antiguo y clásico velón de Lucena, de cuatro mecheros, encendidos todos sólo las noches de fiesta, velatorio o de trabajo, que había cedido su vieja hegemonía ante la esplendorosa iluminación de los quinqués y faroles de gas y de acetileno. En abril de 1908 se inauguraba la nueva casa de los Rodríguez-Acosta, en la Gran Vía de Colón, la calle «moderna», y su mayor atracción, al decir de la Prensa, era su «espléndido alumbrado eléctrico». La fábrica de gas propiedad de Eugenio Lebón y Compañía tenía el privilegio de alumbrado público por gas hasta el 1 de febrero de 1927. El 16 de abril de 1917 se inauguraba la instalación del alumbrado «extraordinario» de gas en la calle de la Duquesa.

El colegio de Manuel Ángeles seguía la tradición. En las grandes salas de los dormitorios ardía una mariposa como alma en pena, con el combustible calculado para que ardiera hasta las once de la noche. La macilenta luz proyectaba en las paredes sombras y reverberaciones, estremecedoras para la imaginación infantil, que despertaban toda clase de recelos y misterios. Pero no eran sólo estos temores los que atemorizaban a los escolares. Por entonces, las partidas de bandideros y salteadores de caminos de Joaquín Camargo Gómez, alias *El Vivillo* (1866-1929), y el que había sido su lugarteniente, llamado *El Pernal*, merodeaban por las cercanías de la ciudad cometiendo

---

primera central, con un salto de 104 metros de altura. El acontecimiento se inauguró con las iluminaciones del Corpus en 1897. No tardaron en construirse las centrales de Güéjar Sierra, Dílar, Maitena y otras que pertenecieron a la Eléctrica de la Vega.

fechorías en cortijos, pueblos y caminos. La prensa publicaba día tras día los atracos y tropelías que traían soliviantada e intimidada a la opinión pública. Un día se rumoreó que *El Vivillo* se proponía entrar en Granada. La noticia exacerbó los ánimos de los escolares. Como el colegio estaba a la entrada de la ciudad tenían la seguridad que sería el primero en ser asaltado por las huestes del temible bandolero. Aunque aterrados, los valentones de la clase pensaron que había que hacerles frente. Sacaron las barras de hierro de las camas y quitaron las perinolas de cobre de las esquinas. Como el terror era la noche, se parapetaron en los dormitorios. Se acostaron dos o tres en cada cama al acecho de *El Vivillo* y su partida. Pasadas unas horas, a la incierta luz de una mariposa, vieron aparecer una sombra y como enloquecidos empezaron a lanzar sus proyectiles, sin distinguir las voces del director, don Pedro el Cura, que como cada noche vigilaba el sueño de sus internos.

La calle, las calles de su barrio, esa primera geografía del niño, que se convierte luego en itinerario para el recuerdo, fue para Manuel Ángeles la libertad y la aventura, lo contrario del colegio. Un espectáculo continuo, un desfile coreográfico, colorista y musical. El gran mercado donde se compraba y se vendía todo a grito cantado, de hermosos pregones. Hasta las casas ascendía la información de la mercancía, como un relámpago. De la garra del pregón dependía el estímulo de la compra. Eran frases cortas y musicales, cantadas mejor que clamadas, por voces atipladas o atenoradas. Una música escrita en el aire, como un relumbrón que incitaba a la compra. Estribillos conservados por tradición oral: ¡Agua fresca del Avellano, con anises!, ¡Harina de cebá, tostá para refrescos!, ¡Castañas calenticas que pelando están!, ¡Cesticas de fresa, bocaos de princesa!, ¡Lleve la oración de San Francisco!, ¡Abrótano macho para el pelo!, ¡Manzanilla fina de la Sierra! y así el leñador, el tío de las escobas, el del *pescao*, el de la fruta: ¡Los higos chumbos, gordos y dulces, qué güenos, qué güenos, qué güenos...!, repetía la voz con su ascendente e indesmayable cantinela. Otros pregones ofrecían servicios: «El lañao de lebrillos», «El afilaoooooor», el que «ataranta las colchonetas», ¿A quién le limpio la tinaja, otra tinaja a quién le limpio? Era dos hombres con sogas para descender a la tinaja. Esa operación se hacía en verano, antes de que vinieran las aguas claras

que llegarían con la luna llena. Este servicio era muy importante en la ciudad, en donde cada casa disponía de una tinaja preparada para recibir las aguas de la lluvia y de las acequias, para el servicio comunitario. Relacionado con este tema es el pregón del vendedor de galápagos: ¡Galápagos para las tinajas! Los transportaban en sacos y los cogían del río Cubillas, en Pinos Puente. Los galápagos, a perrilla el ejemplar de 12 x 10 cm., eran muy útiles en las tinajas porque se comían los gusarapos del agua, servían de filtro. No todas las clases de galápagos eran utilizadas; por ejemplo los amarillos no servían, porque daban mal olor<sup>12</sup>. Manuel de Falla descubría tanta

---

<sup>12</sup> Muy popular era el pregón de los lecheros: “El lechero..., la leche...”. Los lecheros y las lecheras procedían casi todos del barrio del Albaicín y de la calle Real. Bajaban a la ciudad con sus vacas y sus cabras a vender su mercancía. Recorrían la ciudad desde el amanecer. Las gentes salían a sus puertas y delante de ellas les ordeñaban la cantidad deseada. Cuando el marqués de Casablanca, siendo alcalde de Granada, durante la Dictadura, prohibió esta antigua costumbre, hubo revuelo de protestas. Uno de los dichos que circularon fue aquel de: “Mientras haya leche de cántaro, habrá mala leche”. En el cántaro intuía el cliente la inmunidad del “bautizo”. Otra estampa de la vida cotidiana granadina era el Carbonero, con sus jarcias repletas de carbón de encina y cubiertas de retama. Los Panaderos con sus escuálidos jamelgos o briosas jacas repletos sus serones de olorosos y dorados panes: hogazas, aplastadas, papa, cristina, madrileña, radera, bollos, cacarro, eran los nombres de las distintas piezas de pan de entonces. El Naranjero: “¡Qué naranjillas llevo tan dulces!, de Almería, ¡qué dulces!”. El Aceitero, con sus zafras de aceite puro de oliva, y latas de petróleo sin... agua. El del Afelpado, que pregonaba a...pa...apao...pa... El traperero, llevo ropa vieja, paragüero. Los Cocheros, estacionados en el Embovedado, Carrera del Genil, plaza de Bibarrambla y de la Trinidad, con repetidas llamadas de: “señorito... un coche”. En Semana Santa se oía el pregón de: “Pasión y muerte”; a perra chica los Siete Dolores y las Siete Palabras, la Oración del Viernes y las Gotas de Sangre”. Muy popular era el tío de las Bellotas y después tristemente célebre por su final trágico. Su pregón era: “Bellotas dulces como almendras, que cortan la diarrea como con la mano”. Cuando en la guerra del 36 tiraban bombas, decía mirando al cielo: “Venga que son como almendras”, y esta broma le costó la vida, lo fusilaron. Partías y aliñas, las aceitunas, Perillas, portalámparas y tulipas y se hacen por el costo del material. Un burro llevaba el material en las aguaderas, “Niñas gallombas *pa* los jarros, Garbancillos tiernos, los cambio y los vendo”, “Niñas chochitos *pa* la merienda. Altramuceseeeees,” “Moras, moritas, moras”. “Harina de habas *pal* ajoblanco”, “Pipos finos de la Rambla”. “A quién le rajo otra colorá (vendía sandías)”. “De yema de huevo las ciruelas mauras”. “Por una alpargata un pastel”. “Desde el carmen de la Fuente, traigo el agua cristalina, para que tós mis clientes, beban la gloria divina”. “Niños tirarse al suelo, romperse el babero y dárselo al traperero...”.

musicalidad en los pregones granadinos, que se apresuraba a transcribirlos musicalmente, y en ocasiones para no olvidarlos lo hacía rápidamente en los almidonados puños de su camisa. El interés de Falla por los pregones –nos informa Enrique Franco–, provenía de que en alguno de los cuales veía, con razón, rastros del canto gregoriano. Anotó muchos y sus cadencias fueron empleadas a gran escala en el *Trujamán* de el *Retablo de Maese Pedro*, apoyado igualmente en viejos romances y salmodia religiosa primitiva. El tema inicial de *Noches en los jardines de España* se encuentra en el «pregón de pescadores de La Rábita» (Granada).

En la Granada de primeros de siglo, el veranear era cosa exclusiva de clases privilegiadas. E incluso a veces ni salían de la ciudad, sino que se trasladaban a los hoteles y pensiones de la Alhambra, como el «Siete Suelos», el «Washington Irving» y el «Alhambra» o las pensiones familiares de la calle Real de la Alhambra. Las gentes combatían las altas temperaturas estivales en las salas bajas de sus casas, con el botijo y la nieve, que los neveros traían de Sierra Nevada a lomos de caballería, y asistiendo a las Casas de Baños. En el «Almanaque Ilustrado y Guía de Forasteros de Granada, Almería y Guadix», que editaba la imprenta de Ventura y Traveset, reseñaban las Casas de Baños:

«Templados y fríos: “Café del León”, calle de Mesones.

Templados: “Café Oriental”, calle de las Hileras.

Templados: Calle de Varela.

Templados y fríos: callejón de las campanas de Santo Domingo.

Templados y fríos: de “Chavarri”, cuesta del Pescado.

Fríos: alberca de D. Simeón Pérez, Paseo del Salón».

La chiquillería disfrutaba del solaz de las albercas: la del Povedano, situada debajo de la Torre de la Vela, subiendo por la Cuesta de Gómez, a «perrilla» el baño. La alberca de la Huerta del Cordero, llamada del Señor, en la calle de Molinos y los baños de D. Simeón. La alberca de la Huerta del Cordero era la más frecuentada por Manuel Ángeles, porque, muy cerca, en un carmen en la ladera de San Cecilio vivían sus amigos los hermanos Bueno López, donde era invitado con frecuencia. De esta convivencia pervivió en el recuerdo del pintor a través de los años, una voz de vigía que se alzaba de

hora en hora, en la alta noche granadina: ¡Centinela alerta!, ¡Alerta!, ¡Alerta!, ¡Alerta!, respondían otras voces hasta cerrar el circuito ¡Alerta está! Era la contraseña de los soldados centinelas en el cercano Penal de Belén, en la calle de Molinos, antiguo convento de Mercedarios Descalzos, redentores de cautivos que, paradójicamente, tras la desamortización, fue convertido en cárcel. Allí cumplían castigo los condenados por delitos mayores. Por Semana Santa, una Semana Santa «de encaje y canarios volando entre los cirios de los monumentos», recuerda García Lorca, permitían a los presos ver la procesión del Cristo de los Favores a través de las rejas. Las gentes acudían a presenciar el espectáculo de función única, que se repetía cada año. Las desgarradas y patéticas voces de aquellos hombres, algunos con cadena perpetua, le cantaban saetas al Cristo muerto. Esto suscitaba en el niño Manuel Ángeles sentimientos confusos, desasosegados. La procesión que le gustaba a Manolito y Federico y a los niños, era la de los «soldaos», los soldados romanos que custodiaban a Jesús en el paso del Nazareno. Aquello era muy divertido, unos porque veían la mala ficción y otros porque se lo creían. Les divertía, como una representación cómica, dentro de la representación dramática de la Pasión. Era algo jocoso y hasta grotesco que hacía estallar esa guasa peculiarmente granadina. García Lorca lo evocó en su primer libro, *Impresiones y Paisajes*, cuando el recuerdo lo tenía aún muy fresco: «En una casa de la calle de la Colcha, que es la calle donde venden los ataúdes y las coronas de la gente pobre, se reunían los “soldados” romanos para ensayar. Los “soldados” no eran cofradía, como los jacarandosos “armaos” de la maravillosa Macarena. Eran gente alquilada: mozos de cuerda, betuneros, enfermos recién salidos del hospital que van a ganarse un duro. Llevaban unas barbas rojas de Schopenhauer, de gatos inflamados, de catedráticos feroces. El capitán era el técnico de marcialidad y les enseñaba a marcar el ritmo que era así: “porón ... ¡chas!”, y daban un golpe en el suelo con las lanzas, de un efecto cómico delicioso. Como muestra del ingenio popular granadino, les diré que un año no daban los “soldados” pie con bola en el ensayo, y estuvieron más de quince días golpeando furiosamente con las lanzas sin ponerse de acuerdo. Entonces el capitán, desesperado, gritó: “Basta, basta:

no golpeen más, que si siguen así vamos a tener que llevar las lanzas en palmatorias”, dicho muy granadino que han comentado ya varias generaciones»<sup>13</sup>.

Otras gentes que divertían al niño Manolito en su infancia eran las popularmente llamadas de la «Academia de la Lengua». Era ésta una casa de arresto en la misma calle de Molinos, a la altura del Cristo de los Favores. Lugar animado, en recaladas forzosas y repetidas por gentes pintorescas del hampa granadina: contumaces, borrachos, bravucones, pendencieros, lenguaraces, de espontáneo, amplio y contundente repertorio verbal, gesticulante, soez y desvergonzado, con todo lujo de ademanes e interjecciones; de ahí su calificación peyorativa de «academia de la lengua».

Distracciones de verano era el circo con sus «troupes» de titiriteros, acróbatas, payasos, que actuaban en el «Teatro-circo Alhambra». Durante muchos años no faltó nunca la «grandiosa compañía ecuestre de Mr. Frediani, compuesta por 45 artistas y 11 caballos». El «Alhambra» era un teatro de verano portátil de madera. Manolo lo recordaba con la gracia de una casa de baños de fin de siglo. Estaba al lado de los baños de «Don Simeón», entre las calles de San Jacinto, Alcantarilla, la plaza del Lavadero y el Paseo del Salón, con salida a tres de estas calles. Parte del teatrillo estaba instalado sobre la Acequia Gorda, cubierta para este fin. Se inauguró en junio de 1897 con una compañía de ópera. El «Alhambra» fue adquirido en Gibraltar, donde se llamaba «Benatar», nombre de su antiguo dueño. En él actuaron compañías de ópera, zarzuela, cantaores de flamenco, como Pastora Pavón, «Niña de los Peines», don Antonio Chacón y Manuel Torre. Otro teatrillo veraniego que evocaba el pintor era el «Teatro Circo Colón», en la plaza del Humilladero, que se improvisaba con tablas y lonas. Allí se daban espectáculos parecidos a los del «Alhambra». Eran programas aptos para todos. La zarzuela, con su música alegre, fresca, jugosa, estaba en pleno apogeo. Obras como *Los sobrinos del capitán Grant*, *Agua*, *azucarillos y aguardiente*, *La Revoltosa*, *El tambor de granaderos*, *Los cadetes de la reina...* hacían las delicias de chicos y grandes.

<sup>13</sup> “Semana Santa en Granada”. O,C, Décima séptima ed, Aguilar, Madrid, 1972, pág. 11.

Luego estaban las barracas de cinematógrafo. En un principio fue una atracción exclusiva en las fiestas del Corpus. Luego la Barraca se hizo estable en el Embovedado con el nombre de “Cinematógrafo Pascualini”. Más tarde se trasladó a un lugar de la Gran Vía, sede entonces de todo lo nuevo, por ser la calle de moda, recta y larga, como las de París, adoquinada e iluminada por arcos voltaicos. Allí se establecieron los comercios del último grito, como «El Buen Tono», «Bazar de Lujos», «El Louvre»... El cinematógrafo lo emplazaron en la esquina derecha, según se entraba por la calle de Reyes Católicos. Muy cerca estaba la barraca del *Lux Edén*, en la esquina que hoy ocupa el Banco Hispanoamericano. Tenía la barroca portada de las barracas de feria de las salas de proyecciones: un gran órgano, de estrepitosa trompetería, con un retablo de muñecos músicos automáticos, que dirigía la figura grave del director de aquel pintoresco conjunto musical. Movía la cabeza a derecha e izquierda, tenía una barbilla articulada y en una de sus manos empuñaba una batuta con la cual dirigía aquella hipotética orquesta. Todo muy brillante de luz y purpurina, con relucientes bombillas de colores. En la puerta, un charlatán llamaba la atención del público: ¡Pasen, señores, pasen! ¡Vayan pasando, señores! Dentro de la barraca, la pantalla centraba el local. Los espectadores se colocaban delante y detrás. Existían dos localidades: «preferencia», con sillas de anea y «general» con largos bancos de madera. Una voz de hombre explicaba presurosamente las secuencias de la película, mientras un piano o pianola desgranaba acelerados compases. Las películas eran cortas y sus imágenes trepidantes. Pero aquella realidad cautivaba a los niños. Manuel Ángeles recordaba especialmente dos «cintas», como entonces se les llamaba: *La hija del Guardabosque* y *El viaje a la luna*, ésta de Julio Verne. Poco a poco las destartadas barracas fueron ganando compostura. Pero el teatro aún sería, por muchos años, el espectáculo preferido. Los niños granadinos tenían cada año una cita con una obra tradicional. El 2 de enero, para conmemorar la fecha en que los Reyes Católicos entraron en Granada, en 1492, se celebraba la fiesta de la Toma. Por la mañana los granadinos acudían a la plaza del Ayuntamiento y desde el balcón principal el teniente de alcalde más joven tremolaba el pendón de Castilla y chistera en mano gritaba, como en nuestros

tiempos: ¡Granada!, ¡Granada!, ¡Granada!, la gente allí congregada contestaba con guasa: ¿Qué...? Por la tarde, en los teatros más importantes, el «Isabel la Católica» en la plaza de los Campos y el «Cervantes», en la plaza de la Mariana, había función especial. El «Cervantes» se inauguró en 1811, con el nombre de «Napoleón», por el general francés Sebastiani, cuando el ejército francés ocupaba la ciudad; después fue llamado «Principal» y en 1905, con motivo del Tercer Centenario de la publicación del Quijote, fue cuando se produjo el cambio del nombre «Principal» a «Cervantes». En estos dos teatros, se daba por sesiones *El Triunfo del Ave María* o *La Toma de Granada*, «obra anónima por un ingenio de esta Corte». Era una comedia de moros y cristianos. A veces se representaba en los dos teatros por la misma compañía. Durante muchos años fue la compañía de zarzuela del maestro Guardón. Acabada la función los actores, con los trajes de escena, se iban al otro coliseo en coches de caballos. El asunto de la obra era un episodio histórico de la toma de Granada. La hazaña de Hernán Pérez del Pulgar: cuando el ejército de los Reyes Católicos tenía establecido cerco a la ciudad, por el lecho del río Darro en la puerta de la Mezquita Mayor, clavó con su puñal el letrero Ave María. Para vengar el agravio, Tarfe, el paladín moro, desafiaba al cristiano profanador en retahílas de versos que los niños se sabían de memoria.

Tarfe:

*Contigo, hasta ahora, no  
Había llegado a enojarme;  
Pero viendo que defiende  
A esa Virgen y Madre  
Los cristianos adoráis  
Con ciegas credulidades,  
Y que escándalo su nombre  
Fue en la Mezquita y ultraje,  
En venganza de esa ofensa  
Quisiera al sol apagarle.*

Garcilaso:

*Muy presto verás, blasfemo,  
Lo que esta señora vale.*

Tarfe:

*Pues toma caballo y lanza,  
Veremos si así combates  
Como con la espada.*

Garcilaso:

*Monta,  
Que todo no ha de bastarte.*

Tarfe:

*Mataréle y su cabeza  
Pondré en los cristianos reales.*

Garcilaso:

*Llevaré el Ave María  
Para que en el real se ensalce...*

Por el patio de butacas aparecía Garcilaso a caballo, momento trascendente que el animal aprovechaba para evacuar su enorme intestino, ante la hilaridad y griterio de la chiquillería, nos evocó Marino Antequera. Primero salía el cristiano y luego el moro, utilizando el mismo caballo, a desafiar al contrincante que estaba en el escenario. La algarabía alcanzaba plenitud cuando veían aparecer por el pasillo del patio de butacas la cabeza del impetuoso moro Tarfe, con su negra barba, pendiente de una pica, con sus chorros de pasamanería sangrientos que brotaban de la cabeza de cartón piedra del infiel:

Rey:

*Garcilaso es.*

Doña Ana:

*¡Qué ventura!*

Marín:

*Clavada en la lanza trae  
Una cabeza sangrienta.*

Celima:

*¡Qué miro! Que es la de Tarje.*

Pulgar:

*También del Ave María*

*Hace católico alarde  
En el pecho.*

Reina:

*Con tal nombre  
Preciso es venga triunfante.*

Garcilaso:

*Heroicos reyes de España,  
Cuya fe es tan admirable  
Que contra el moro sustenta  
Lo puro de sus verdades;  
Ya el triunfo habéis conseguido  
Del fiero bárbaro alarde,  
Que intentó, sin poder nunca  
De María el ciego ultraje...*

Tras la inevitable victoria de los cristianos, estos versos coreaba el «paraíso», localidad estudiantil, en medio del clamor general. La gran carga de ingenuidad de la trama de la obra, la convertía en una tragicomedia. Muchas de sus situaciones heroicas estimulaban la ironía y el sarcasmo. Circunstancia de la que eran conscientes parte de los espectadores adolescentes.

Las gentes granadinas tenían un agudo espíritu musical. Unas de las distracciones favoritas de las familias eran interpretar música. A veces sin tener conocimiento de solfeo, tocaban de oído. Esto ocurría sobre todo con la guitarra, el más popular de los instrumentos, para acompañar el canto y el baile.

Manuel Ángeles evocaba el espectáculo que representaba para sus ojos niños el ver desfilar por las calles granadinas las bandas de música, con sus brillantes uniformes. Recordaba la «Banda del Regimiento de Córdoba», la de Gabia, la «Banda de obreros polvoristas del Fargue» y más tarde, la «Banda Municipal». El 22 de octubre de 1910 *El Defensor de Granada* daba la noticia de la creación de una banda de música, compuesta por los reclusos de la cárcel, dirigida por José López Velo. En la memoria de Manolo permaneció nítido el deslumbramiento que le producía ver desfilar a la banda de los «Obreros Polvoristas», por lo espectacular de su uniforme imperial,

a lo Káiser Guillermo II, con sus cascos puntiagudos, empenachados de plumas. El director era Francisco Alonso, granadino que se convirtió en el ídolo de sus paisanos, que acudían fervorosos a oír sus conciertos en el Paseo del Salón, en donde había estrenado a los 16 años su primera composición, una gavota que interpretó la «Banda del Regimiento de Córdoba». En 1905, a los 18 años, estrenó su primera zarzuela, *Un patio del Albaicín*, de ambiente local, con los libretistas Venancio Herreros y Luis Guarneiro, también granadinos. Las gentes se acostumbraron a ver pasar al joven artista, de aspecto adolescente, barbilampiño, rubio, de tez rosada y gruesas gafas de miope, embutido en su vistoso uniforme, al trote de una mulilla que alquilaba en la Posada de la Rosa, para ir al Fargue a dirigir a sus huestes. Francisco Alonso, durante los seis años que estuvo al frente de la banda, fundó la Sociedad Filarmónica Granadina, de la que fue músico mayor por oposición.

Del Campillo Alto, Doña Isabel Ángeles Ortiz y su hijo Manolito se mudaron a la calle del Estribo. Callecita corta que iba desde la de Reyes Católicos a la de Oficios, cruzando el Zacatín todavía cerrado a la Gran Vía, en plena construcción. Pertenece a la parroquia del Sagrario, en el corazón de Granada: Zacatín, Catedral, plaza de Bibarrambla, Reyes Católicos... Estos parajes fueron el jardín de su infancia, pero el escenario de sus encuentros, juegos y aventuras fue la placeta de Tovar, ante la escenografía de la bella fachada, de arco fiorenzando, escudos y adornos góticos de la casa-palacio del duque de Abrantes. El niño salía de su casa, cruzaba la calle de Reyes Católicos, se metía en la del Puente del Carbón y torcía a la recoleta plaza de Tovar, colindante con el Corral del Carbón. A la plaza daban las ventanas de los talleres de una imprenta que abría sus puertas a Reyes Católicos. Manolito se pasaba las horas muertas mirando cómo los trabajadores preparaban la piedra para la impresión litográfica. Realmente no sabía qué hacían, pero se sentía atraído por aquel minucioso trabajo en parecida actitud y sostenida atención que los orfebres. A la plaza salían a jugar unos niños de la vecindad, Ramón y José Carazo, de los que Manolo se hizo muy amigo. Los dos hermanos, futuros pintores, vivían en una casa-pasaje, que comunicaba la placetilla de Tovar con la llamada de la Estación, donde

estaba el convento de Carmelitas Descalzas, en la plaza del mismo nombre frente a la Capitanía. Por entonces, los niños jugaban al trompo, a los huesos, a las bolas, al boli, al salto de la muerte: pero lo más apasionante por lo que encerraba de aventura y riesgo, eran las guerrillas, que mantenían las bandas de unos barrios con otros. Los niños del barrio del Sagrario eran adversarios irreconciliables con los del Matadero. La placeta de Tovar era el campo de batalla; la casa-pasaje de los Carazo, en caso de peligro, era el refugio. Cuando los tenían acorralados, ellos desaparecían como por encanto por el laberinto del pasaje. Uno de los lugartenientes de Manolo en la guerrilla era Juan González, futuro gran escultor con el nombre de Juan Cristóbal. Entonces le llamaban el «malagueño», aunque había nacido en Ohanes (Almería), quizá porque los primeros años de su vida los pasó en Málaga, de donde se trasladó con su familia a Granada, siendo muy niño. Juan Cristóbal también era del barrio, vivía en una casa que se comunicaba por la calle de la Colcha, por el pasaje de Robles Pozo. Entonces la calle de la Colcha era un lugar fúnebre, porque toda ella estaba dedicada al comercio de ataúdes. La amistad de Manolo y Juan Cristóbal nació tras una violenta pelea un día que jugaban a las bolas y Manolo descubrió que le hacía trampas. Tras el ajuste de cuentas quedaron muy amigos; pero hasta entonces habían sido irreconciliables, los encargados de liquidar litigios. Su bando siempre le insistía: «Manolo, tú encárgate del *malagueño*».

Granada ha sido siempre ciudad de pintores, con caballete instalado ante el paisaje. En el niño Manuel Ángeles ejercían una atracción irresistible. Podía quedarse extasiado durante horas, olvidado del tiempo y hasta de la aventura callejera, observando el fascinante milagro del color, proyectar vida en un immaculado lienzo por el simple y sabio procedimiento de mezclar colores. Un día, en el Paseo del Salón, vio a un muchacho que dibujaba el monumento de Isabel la Católica y de Colón. Debía de estar hecho un pasmarote ante el dibujo, para que el pintor le preguntase:

—¿Te gusta?

—¡Mucho —le respondió el niño—, yo también quiero ser pintor!

—Pues, tómalo.

El dibujante era Ismael González de la Serna. Así nació la amistad de Manuel Ángeles con aquel ser generoso, simpático, atrayente, original desde la adolescencia. El dibujo lo conservó Manolo y lo llevó consigo a todas partes, hasta 1939, en que, en la «retirada de Cataluña», lo perdió junto a tantas otras cosas.

Otro testigo de la infancia de Manolo fue Federico García Lorca. En los bajos de su casa de la calle del Estribo había una guantería de la que era socia capitalista doña Isabel, su madre. La propietaria era doña Serafina Rodríguez. A una de sus hijas le había dado clases una estudiante de Magisterio, Vicenta Lorca. La joven fina e inteligente, tras obtener el título hizo oposiciones y le adjudicaron una plaza en Fuente Vaqueros. La familia de doña Serafina era muy amiga del cura de Asquerosa (después llamado Valderrubio, donde García Lorca vivió en su niñez), don Enrique García Palacios, emparentado con la familia García Rodríguez, a quien le recomendaron a la nueva maestra. Y así fue como se conocieron los padres del futuro poeta Federico García Lorca. El día 27 de agosto de 1897, en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, se casaban Federico García Rodríguez con Vicenta Lorca Romero. En la misma iglesia, diez meses más tarde, bautizaron a su primer hijo: Federico. La amistad de doña Serafina y doña Vicenta fue siempre cálida. Varias veces al año doña Vicenta acudía a la guantería de la calle del Estribo a surtir de guantes a su familia. Unos guantes de artesanía, a medida, de fina cabritilla, curtida y teñida en la tenería de la calle del Señor, en el barrio del Realejo.

«Un año, hacia 1905 –nos contó Manuel Ángeles–, por las ferias del pueblo, los guanteros fueron invitados a las ferias de Asquerosa y por esas carambolas de las amistades en Granada, donde se decía “un invitado invita a ciento”, la socia de mi madre nos invitó a ir con ellos». En el pueblo, el hogar de los García Lorca era la casa patriarcal, pareja hospitalaria que reunía alrededor del «ciento y la madre», entre hermanos, hijos, primos, sobrinos: los García, los Palacios, los Roldanes, los Delgado. Uno de los muchos niños que había en aquella casa era Federico, el hijo mayor de los anfitriones. Fue una fiesta muy simpática y alegre. Cantaban a coro familiares y amigos romanzas y fragmentos de zarzuelas. «Recuerdo –evocaba Manolo–

que una de las cosas que cantaban era aquello tan popular de “Por fin te miro, Ebro famoso / hoy es más ancho y más hermoso...”, de *Gigantes y Cabezudos* del maestro Manuel F. Caballero. Pero como yo era muy tímido, empezaba a cantar y miraba a unos y a otros, me daba vergüenza y me callaba. Entonces mi madre me decía: «¡Niño, canta! Pero, ¡niño canta!». Esto no lo iba a olvidar nunca Federico. Sería éste uno de esos momentos destinados a perdurar en su recuerdo. La anécdota de ¡Niño, canta!, Manolo la iba a escuchar en boca de su nuevo amigo, ya para siempre unidos, como vínculo de su encuentro y saludo, apostilla, consiga o despedida, cómplices los dos de una circunstancia, que unía sus vidas, en el vivero de su infancia.

Respecto a esta costumbre del poeta, ha escrito su hermano Francisco: «Repetía, sin embargo, hasta la saciedad, una frase oída al paso, representativa de una situación, de un estado, de un modo personal del habla... Tenía Federico una extraordinaria percepción para estas mínimas, humanas, situaciones cómicas, de las que sacaba gran partido»<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Francisco García Lorca. *Federico y su mundo*, Madrid, 1980, páginas 39-40.